

10. LOS DOS CAMINOS

"Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan."

Mt. 7:13,14

Habiendo visto que la observancia del primer precepto del Decálogo es absolutamente indispensable para la felicidad de los seres inteligentes, veremos también lo mismo de todos los demás. En efecto, los tres mandamientos restantes de la primera tabla no son más que guardias contra el alejamiento del culto amoroso al Padre único; y los seis preceptos de la última tabla son indicaciones indispensables para preservar la armoniosa unidad de la única hermandad.

Pero, ¿quién es este Padre único? - Es el Creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas. Por lo tanto, todo abandono de su culto por el de otro

dios no puede ser otra cosa que el abandono del Creador por lo creado, un olvido del obrero en una falsa admiración por la obra.

Toda obra comienza en la mente del obrero. Por grande y maravillosa que sea, no es más que una revelación de esa mente que, siendo capaz de concebir y ejecutar tal obra, es aún más maravillosa. Toda verdadera apreciación de las obras de Dios, en su infinita variedad y belleza, no es más que una escalera dorada y glorificada, sobre la cual, subiendo sin aliento, la mente no se detiene hasta que, en la cima, cargada de inexpresable e incesante admiración exclama: "¡Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso!" "Digno eres, Señor, de recibir la gloria, el honor y el poder; porque tú has creado todas las cosas, y por tu voluntad son y fueron creadas." Toda idolatría es una pausa en algún lugar de este ascenso, para dar la suprema adoración y amor a algún objeto pasajero, en vez de subir hacia él.

Luego, no sólo están las obras de Dios, sino también las obras de Satanás, que son simplemente una deformación de las obras de Dios, siendo Satanás mismo la principal deformidad. Desde el punto en la ascensión hacia Dios donde la mente se detiene, rehusando ascender más alto, Satanás la conduce de la admiración de las puras obras de Dios a la de sus propias obras deformadas, y luego gradualmente hacia abajo, hacia él.

Los preceptos segundo y cuarto del Decálogo fueron diseñados para ser barreras seguras contra este pecado. El sábado era un memorial semanal de que el único Dios verdadero, el único digno de adoración, era el Creador de todas las cosas. "Acuérdate del día de reposo para santificarlo." ¿Por qué? "Porque en seis días hizo Jehová el cielo y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó el séptimo día; por lo cual bendijo Jehová el día de reposo, y lo santificó." Dondequiera que en la Biblia el objeto del escritor es distinguir entre dioses falsos y el Dios verdadero, se alude a este hecho. Pablo dice: "Toda casa es edificada por algún hombre; pero el que edificó todas las

cosas es Dios." Jeremías dice: "Los dioses que no han hecho los cielos y la tierra, ellos perecerán de la tierra y de debajo de estos cielos. El hizo la tierra con su poder, el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos por su discreción."

A los idólatras atenienses, que, temiendo pasar por alto el culto a alguna deidad e incurrir así en su ira, habían erigido un altar con la inscripción, "Al Dios Desconocido", Pablo dijo: "A quien, pues, adoráis ignorantemente, a él os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él."

Es un hecho maravilloso que las naciones paganas hayan admitido casi siempre que sus dioses formaban parte de la creación, y que han tenido una idea de otro dios detrás de ellos, y por encima de ellos, que era el Creador. Si los hombres hubieran guardado siempre el Sábado en su verdadero espíritu, esta falsa adoración habría sido imposible. Cada semana todos los hombres habrían conmemorado el hecho de que el único Dios verdadero y Padre de todos era el Creador. Y así habrían continuado adorando al único Dios, al único Padre.

Iba a ser un día para que todas las mentes subieran juntas esa escalera de oro, y encontraran juntos la comunión gozosa en él. Dice el salmista, en ese cántico para el día de reposo: "Tú, Señor, me has alegrado con tus obras. ¡Oh Señor, ¡qué grandes son tus obras! Y tus pensamientos son muy profundos." Este es el verdadero espíritu del día de reposo, un día para olvidar el mundo y sus preocupaciones, mientras alma con alma nos elevamos para respirar el aire puro de las alturas celestiales.

Siempre ha habido dos caminos: el estrecho y angosto, que conduce hacia arriba; y el camino ancho, que lleva hacia abajo. Cuando los hombres adoran al Creador, su obra está a su alrededor, para mostrarles que es más alto de lo que ellos sueñan acerca de él. Hay una infinidad en cada sol y estrella y mundo, en cada hoja y planta y flor, que el hombre no puede com-

prender. Si la mente no puede comprender la obra, ¿cómo puede comprender al obrero? ¿Cómo puede hacer otra cosa que decir con humilde devoción: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso." Debe recordar que su más alto ideal de él es todavía sólo una idea, y que Dios es mucho más alto y grandioso. Como al contemplar nos convertimos en su semejanza, hasta que nos acercamos a ese ideal, ahora podemos construir ese ideal más alto y verdadero. Y así el alma se lanza a otro vuelo, siempre hacia arriba, hacia arriba, de fe en fe, de gloria en gloria, hasta que, perdidos en la ilimitada distancia glorificada, seamos perfectamente transformados a su imagen.

Al santificarnos así por medio de su verdad, no sólo nos hacemos uno con él, sino uno con los demás. "Santifícalos en tu verdad, para que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros." Estas son las palabras de Jesús, y este es el espíritu y el objeto de todo verdadero culto. Cuanto más nos acercamos a Él, más nos acercamos los unos a los otros.

Cuanto más lo poseemos como Padre, más nos poseemos unos a otros como hermanos y hermanas, hasta que, cuando la obra esté terminada, Jesús diga: "En aquel día conoceréis que yo soy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros."

¡Oh, qué dichosa unidad! Este es el camino que conduce hacia arriba, en gozo creciente hacia Dios. Por eso el Padre dijo de su camino: "Tú harás." El "por qué" era el amor, porque Dios es amor.

Pero hay otro camino en el que los hombres siempre han sido propensos a caminar. Han adorado y servido más a la criatura que al Creador. No solo se han detenido, en la ascensión, a adorar lo creado, sino que han simbolizado lo creado por las obras de sus propias manos, y luego adorado su propio ideal así representado. Así, primero se negaron a glorificar a Dios como

Dios, creyendo que era aún más elevado y mejor que su concepción actual de él, y así caminar hacia adelante y hacia arriba en la luz de apertura de su verdad. Al contrario, profesándose demasiado sabios para caminar así, hicieron lo que los hombres siempre hacen cuando escriben su credo: dijeron en sus corazones, "Él no es más alto que nuestro presente conocimiento de él;" y así se volvieron necios al cambiar la gloria del Dios incorruptible por una imagen hecha primero a semejanza del hombre corruptible, luego de bestias cuadrúpedas y reptiles, hasta llegar a la misma serpiente antigua, que es el diablo y Satanás.

Así Satanás fue puesto en el lugar de Dios; y los hombres, al adorarle, en lugar de ser llevados a las alturas, a la unidad en él, fueron llevados hacia abajo a toda deformidad y contienda, aborreciéndose y odiándose unos a otros, hasta que la mano de cada uno fue puesta en contra de su prójimo, y la imaginación de los pensamientos del corazón de los hombres era el mal y solamente el mal. Este era el camino descendente que conducía a la miseria y a la muerte. Dios sabía de antemano el resultado de cada acción. Por eso dijo en el segundo mandamiento de este curso. "No te harás." El "por qué" era amor, pues Dios es Amor.

Por la misma razón el tercer precepto del Decálogo ordena un uso reverencial del nombre de Dios, para que este nombre sagrado tenga siempre un poder de engendrar en nosotros concepciones más elevadas y verdaderas del objeto nombrado, elevándonos así a la unidad con Él y entre nosotros. Entre estos dos caminos, el uno que conduce siempre hacia arriba a alturas ilimitadas de vida, de alegría y de gloria, y el otro hacia abajo, a través de las tinieblas, hacia la muerte, Dios estableció la institución del sábado. Su objetivo era obstruir el camino de la senda descendente y desviar los pies de los hombres hacia el camino ascendente.

Por esto puede verse el designio maligno de Satanás al arrancar esa institución de su lugar y poner una falsa en su lugar. Así como el verdadero sábado es un poder del Creador para elevarnos siempre hacia él, así el falso sábado es un símbolo del poder de lo creado (de aquel que pensó en exaltarse a sí mismo por encima de todo lo que se llama Dios o que es adorado) para arrastrarnos a la muerte. ¿Por dónde iremos, por el camino del amor, de la luz y la gloria, o el camino de las tinieblas, la discordia y la muerte?